

# 1 el desorden global

**Escocia**

## ¿Se rompe Gran Bretaña?

Gregor Gall

*[Aunque este artículo fue publicado antes de iniciarse el debate entre el primer ministro británico, David Cameron, y el primer ministro escocés, Alex Salmond, a raíz del emplazamiento del primero al segundo para que convocara un referéndum en 2013 sobre una única pregunta en torno a “independencia, sí o no”, nos ha parecido que sigue teniendo actualidad por los problemas que señala. A esto se suma el interés que tiene en el Estado español la referencia que nacionalistas catalanes y vascos hacen del caso escocés para sus reclamaciones del derecho a la autodeterminación y la viabilidad de una alternativa secesionista.]*

Las placas tectónicas de la política escocesa experimentaron un nuevo y aparentemente decisivo desplazamiento el 5 de mayo de 2011, con la arrolladora victoria del Partido Nacional Escocés (SNP, en inglés) en las elecciones al Parlamento escocés. La reinstauración del Parlamento escocés en 1999, tras casi tres siglos de ausencia, fue concebida por los arquitectos del “nuevo” laborismo con el fin de poner coto precisamente a este avance del SNP. En efecto, cuando era Secretario de Estado para Escocia del Gobierno laborista en la sombra, el diputado George Robertson declaró en 1995 que “*la transferencia de competencias acabará definitivamente con el nacionalismo*”.

Sin embargo, después de languidecer en la oposición parlamentaria escocesa entre 1999 y 2007, el SNP logró un notable salto adelante. Había comenzado con solo 35 diputados en 1999, frente a los 56 del Partido Laborista. En 2003, el SNP cayó a 27 (y los laboristas a 50). En las dos primeras legislaturas escocesas, los laboristas formaron un Gobierno de coalición con los demócratas liberales. Sin embargo, en 2007 el SNP consiguió 47 diputados frente a los 46 laboristas. Formó un Gobierno minoritario con el apoyo de dos diputados verdes y un independiente (ex miembro del SNP).

Aunque los laboristas se situaron muy pronto en cabeza de los sondeos para las elecciones de 2011 (con un 10 al 15 % de ventaja), los medios de

comunicación entendieron que su campaña negativa, deslucida y mal orientada permitió a sus rivales del SNP quitarle votos, que se sumaron a los de los votantes de los demócratas liberales que también se pasaron en masa. Llegados al escrutinio, el SNP obtuvo 69 diputados frente a los 37 laboristas. Por primera vez desde 1999, un único partido ha formado un Gobierno mayoritario, pero nadie suponía que sería el SNP. De hecho, se suponía que ningún partido sería capaz de dominar hasta este punto el panorama político por sí solo.

Ahora, el SNP es aritméticamente capaz de desarrollar el programa legislativo que no logró realizar en la legislatura de 2007-2011. Entre las medidas previstas figura una ley para convocar un referéndum sobre si Escocia debería convertirse en un Estado nacional independiente. En este artículo se analiza la posibilidad de que se rompa no solo el Reino Unido, sino también la Gran Bretaña. Si los ciudadanos británicos observan la portada de sus pasaportes, verán que aquel es la unión de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, y esta la unión de Escocia, Inglaterra y Gales. Dada la situación general en 2011, ni el Reino Unido está ya particularmente “unido” ni la Gran Bretaña es ya especialmente “grande”. Las cuestiones clave para el debate en el seno de la izquierda radical se refieren a qué podrá sustituir y sustituirá a esas entidades y cuál será su composición social y política. Pero antes de eso es preciso aclarar algunas cifras básicas sobre los resultados de los laboristas y examinar la naturaleza del SNP.

## **¿Implosión del laborismo?**

El Partido Laborista solo consiguió 15 escaños en el escrutinio mayoritario de las circunscripciones en 2011 (frente a los 53 del SNP). Es este dato en particular el que parece indicar que el laborismo se ha hundido en sus antiguos bastiones de las zonas urbanas (sobre todo en Glasgow) y el oeste de Escocia. El corolario es que el Partido Laborista se salvó después en virtud del mecanismo corrector del escrutinio proporcional de las regiones, donde obtuvo otros 22 escaños. En las elecciones al Parlamento escocés, 73 escaños se eligen por mayoría en otras tantas circunscripciones, donde se votan a candidatos propuestos por los partidos, mientras que los 56 escaños restantes se reparten en función de los votos obtenidos por las listas de los distintos partidos en ocho regiones, que tienen asignados siete escaños cada una. Este sistema no utiliza el voto único transferible, pero establece un umbral mínimo de votos (alrededor del 6%) para obtener escaños, y si un partido obtiene buenos resultados en el escrutinio mayoritario de las circunscripciones, las posibilidades de obtener más escaños en el escrutinio proporcional de las regiones se reducen sustancialmente, al margen de la proporción de votos obtenida.

Sin embargo, cuando se examinan los porcentajes y los números de votos, se ve que el Partido Laborista se ha mantenido relativamente estable desde 2003. En 1999 obtuvo 900.000 votos (38,8%) en las circunscripciones y

790.000 (33,6%) en las listas regionales, mientras que en 2003 estas cifras descendieron a 600.000 (34,6%) y 560.000 (29,3%), respectivamente. En 2007 alcanzó 650.000 (32,2%) y 590.000 (29,2%). Las cifras de 2011 fueron 630.000 (31,7%) y 520.000 (26,3%). Esto indica que el Partido Laborista no experimentó el hundimiento que los medios (establecidos y alternativos) señalaron en sus análisis de las elecciones. No obstante, sí demuestra que la premisa laborista de que el voto de los demócratas liberales revertería en el laborismo estaba totalmente infundada, entre otras razones porque el Partido Laborista no defendía una postura creíble contra los recortes y porque las elecciones escocesas eran eso, *escocesas*.

En cambio, el número y el porcentaje de votos del SNP fluctuaron notablemente: en 1999 obtuvieron 670.000 (28,7%) y 640.000 (27,2%); en 2003, 450.000 (23,8%) y 400.000 (20,9%); En 2007, 660.000 (32,9%) y 630.000 (31%); y en 2011, 900.000 (45,4%) y 870.000 (44%). Si comparamos ambas series de cifras, todo indica que el gran salto adelante del SNP en 2011 se debió a los votos fugitivos del Partido Liberal Demócrata (y, en mucha menor medida, del Partido Conservador). De todos modos, se ha señalado que unos 80.000 votantes tradicionales del laborismo decidieron votar por el SNP en las últimas dos semanas de la campaña electoral y, al ser un fenómeno extendido por toda Escocia, ayudó al SNP a dar el salto en el número de escaños de las circunscripciones.

## El “radicalismo” del SNP

Una de las cuestiones clave que plantea el corrimiento de votos se refiere a la coherencia y estabilidad actuales de la nueva base electoral del SNP. A diferencia del Partido Laborista, tal como ya hemos visto, su voto ha fluctuado ampliamente y ha sabido atraerse a gran parte de los antiguos votantes del Partido Liberal Demócrata. ¿Fue un voto de protesta por la participación de los demócratas liberales en el Gobierno de coalición de Londres, que les ha llevado a renegar de su política sobre las tasas universitarias y a aceptar salvajes recortes del Estado de bienestar? ¿O acaso marca el comienzo de un realineamiento permanente? La respuesta definitiva, por supuesto, la dará el tiempo, pero cabe dudar de que los votantes demócratas liberales se hayan radicalizado lo suficiente para convertirse en seguidores permanentes del SNP. Esta apreciación se apoya en el hecho de que la política del SNP lo sitúa en el ámbito del centro-izquierda en comparación con el Partido Liberal Demócrata, y además está a favor de la independencia de Escocia, cuando este último no lo está.

Antes de la llegada del *thatcherismo*, los miembros del SNP eran conocidos comúnmente por el sobrenombre de “*tories de tartán*”<sup>1</sup> a la luz no solo

<sup>1</sup> “Tories” es el nombre que se da popularmente a los miembros del Partido Conservador y “tartán” es el típico tejido escocés con dibujo a cuadros.

de su política, sino también de su base social de clase media y en las comunidades agrícolas y pesqueras de fuera del cinturón central de Escocia. Sin embargo, con la revuelta contra el thatcherismo, sobre todo enmarcada en una noción de la identidad nacional de tinte socialdemócrata, el SNP se convirtió en un partido situado en la órbita de la socialdemocracia. El actual primer ministro, Alex Salmond, y su ministro de Justicia, Kenny MacAskill, incluso habían sido expulsados del SNP en 1982 por pertenecer al “Grupo de los 79”, una fracción socialista republicana que pretendía desarrollar la resistencia colectiva radical al thatcherismo.

El discurso era que la política de Margaret Thatcher carecía de legitimidad en Escocia porque el número de diputados conservadores cayó de 22 del total de 72 en 1972 a 21 en 1983, y después a 10 y 11 en 1987 y 1992, respectivamente, y a 0 y 1 en las elecciones de 1997 y 2001. Pero se trataba de algo más que de la idea de que el thatcherismo carecía de legitimidad ante la identidad nacional escocesa, ya que implicaba que ser escocés era ser todo lo contrario que el thatcherismo, a saber, igualitario, tolerante, protector y compasivo. Fue en este proceso que el SNP adoptó, en competencia con el Partido Laborista especialmente, un conjunto de políticas (algunas de las cuales se aplican desde 2007) que ahora incluyen lo que parece un radicalismo en el frente social y en el político. El primero incluye la abolición del cobro de recetas, la congelación de la contribución urbana, la eliminación de las tasas universitarias y los peajes en los puentes, la implantación de comidas escolares gratuitas para los niños y niñas de 5 a 8 años de edad, la suspensión de la venta de viviendas municipales, el mantenimiento de la atención personal a la tercera edad y el establecimiento de impuestos locales progresivos. En el frente político se proclamó la oposición a la guerra de Irak, la supresión de nuevas armas (en particular los misiles nucleares Trident) y la oposición a la privatización de servicios públicos a través de la *Private Finance Initiative* (PFI, iniciativa que promueve las asociaciones público-privadas para la financiación privada de proyectos de infraestructuras públicas) y su sustitución por el *Scottish Futures Trust*, una entidad sin ánimo de lucro, así como la construcción del primer hospital financiado y administrado públicamente en una generación.

Sin embargo, para saber hasta qué punto esto es o parece ser radical es preciso examinarlo a la luz de tres cuestiones.

En primer lugar, el Partido Laborista escocés —a pesar de tener cierta autonomía organizativa y de las competencias cedidas al Parlamento escocés— no se distanció claramente del “nuevo” laborismo; el Partido Laborista galés, pese al hecho de que la Asamblea galesa cuenta con menos competencias, ha sido más audaz en este aspecto. La comparación entre el SNP y el Partido Laborista escocés, por tanto, favorece sin duda al primero.

En segundo lugar, el SNP, a pesar de las citadas políticas, ha gravitado hacia el centro político a medida que el “nuevo” laborismo y el neoliberalismo han reconfigurado la totalidad del paisaje político. Así, la política económica del SNP era y sigue siendo muy similar a la agenda “Escocia inteligente y próspera” del Partido Laborista escocés, que propugnaba una “economía de valor añadido” de alta tecnología y basada en la investigación científica, al amparo de la cual se favorece a las empresas mediante la desregulación y el apoyo financiero (dentro del ámbito de las competencias cedidas). El apoyo del Gobierno del SNP durante la legislatura de 2007 a 2011 al proyecto de centro de ocio y campos de golf en las proximidades de Aberdeen, impulsado por el magnate estadounidense Donald Trump, es todo un indicio de cómo el SNP está dispuesto a apoyar al mundo de los negocios (y, al mismo tiempo, intimidar a menudo a la oposición) para que los inversores tengan las manos libres a la hora de fijar las condiciones de inversión de su capital. Al igual que otros muchos ejemplos, como el de Amazon, la ventaja de la inversión de Trump, a los ojos del SNP, estriba en que genera puestos de trabajo en Escocia en una época de estancamiento económico; en contradicción con el enfoque de la “economía de valor añadido”, la clase de empleos que crea –mal pagados y poco cualificados– no parece importar mucho. De ahí que unos 200 miembros destacados del mundo empresarial apoyaran al SNP en las elecciones de 2011 y el ministro de Hacienda, John Swinney, pudiera proclamar que “los capitales de la industria se han beneficiado con el SNP”. Esto es especialmente cierto con respecto a las grandes petroleras y las altas finanzas.

El principal aspecto en que la política económica del SNP difiere de la “Escocia inteligente y próspera” del Partido Laborista estriba en que el SNP defiende que Escocia, como Estado nacional independiente, debería unirse a las economías de Irlanda, Islandia y Noruega en un “arco de prosperidad”. El hecho de que el SNP eligiera a estos países e insistiera tanto en la economía de Irlanda como “tigre celta”, con su bajísimo tipo del impuesto de sociedades, es ilustrativo, ya que deja de lado a Dinamarca, Suecia y Finlandia, más inclinados hacia la socialdemocracia. (En este punto se puede calibrar el grado de ineptitud política y táctica del laborismo escocés, porque en 2008 acusó al SNP de querer condenar a Escocia a un “arco de insolvencia” cuando quebraron las economías de Irlanda e Islandia, pero ello no tuvo ningún efecto duradero sustancial en el electorado del SNP.) Hay algunas tentativas de oposición a la influencia del neoliberalismo en la política económica del SNP; así, la resistencia a la PFI y similares es evidente, pero no se ha hecho ningún intento de recuperar el terreno perdido frente a la dominación del mercado. Por muy interesantes que sean, iniciativas como la fijación de precios mínimos para el alcohol (a fin de reducir los problemas de salud y sociales) y el llamado “impuesto Tesco” adicional sobre los beneficios de los supermercados no desmienten este análisis.

“Si el SNP pretende mantener su influencia política a favor de sus objetivos políticos, será crucial que convenza a estas ‘clases bajas’—que constituyen la mayoría de la población y del electorado— de que su nivel de vida mejorará con la independencia”

En tercer lugar, después de celebrar el resultado de las elecciones de 2011, el primer ministro Alex Salmond declaró: “*Por primera vez hacemos honor a la idea de que somos el partido nacional de Escocia, de todas las clases, todos los municipios, todas las partes de Escocia; haremos todo lo que esté en nuestra mano para merecer la confianza del pueblo*”. Aunque parece un tanto grosero acusar exclusivamente al SNP de tener una visión del mundo basada en la política de un supuesto “interés nacional” (aunque sea escocés en vez de británico), siendo tal “interés nacional” el definido y controlado por las poderosas fuerzas del *statu quo* capitalista, el caso es que quienes vean pretensiones radicales en el SNP seguramente se verán defraudados.

Este análisis de la naturaleza del SNP y su base de apoyo política es fundamental para dilucidar si surgirá —y, en su caso, cuándo y cómo— una Escocia independiente, así como las probables características de esa independencia.

## **Independencia**

El apoyo al SNP ha sido casi siempre más amplio que el apoyo a la independencia, e históricamente no todos los que votan al SNP han defendido la independencia, de modo que ambos no son sinónimos ni mucho menos. Incluso antes de que el SNP obtuviera alrededor del 45% de los votos en las circunscripciones y las regiones el 5 de mayo de 2011, el apoyo a la independencia nunca ha superado el 34% entre 1999 y 2007 e incluso ha llegado alguna vez a tan solo el 23%, de acuerdo con los sondeos Actitudes Sociales Escocesas (que plantea las siguientes opciones: independencia, autonomía reforzada, *statu quo* y fin de la autonomía, y se basa en una muestra más amplia que la mayoría de otras encuestas). En estos sondeos, el apoyo a la obtención de mayores competencias —en particular una mayor autonomía fiscal— oscila entre el 37 y el 55 %. Otros sondeos más recientes, realizados por YouGov, dan un resultado parecido (y revelan que el porcentaje a favor de la independencia de Escocia es mayor en Inglaterra y Gales). La diferencia entre el apoyo al SNP y a la independencia se debe a una serie de razones, pero una de las principales es que el propio SNP ha fluctuado con el tiempo en relación con el grado de prioridad que ha dado a la independencia, y que ha estado dividido entre las alas “fundamentalista” y “gradualista” de su partido en torno al avance hacia la independencia y a la importancia de la independencia en la plataforma política del SNP.

Alex Salmond es un político inteligente y astuto y los partidos y medios unionistas no le forzarán a convocar un referéndum antes de que piense que

haya conseguido reforzar la posición del SNP como un partido de gobierno creíble, con el fin de fortalecer la causa de la independencia. Esto significa que el SNP quiere ganar tiempo para potenciar su imagen de buen gestor. Además, Salmond planteará un referéndum que maximice el apoyo a la independencia (probablemente evitando toda opción simple de tipo sí/no y recabando una respuesta “en principio”, tal vez incluso eludiendo la palabra “independencia”) y aplicará un proceso gradual, aprovechando un resultado favorable del referéndum para negociar condiciones de soberanía que después se someterán a otro referéndum. Tratará de aprovechar la oportunidad del nuevo poder reforzado del Parlamento escocés (gracias a la Ley de Escocia de 2011) para demostrar cuántas cosas más se podrían conseguir con la independencia. Teniendo mayoría en el Parlamento escocés, ha previsto presentar la ley sobre el primer referéndum para finales de 2013, pero entre hoy a esa fecha, y posteriormente, hay algunas cuantas cuestiones que podrían hacer descarrillar el plan del SNP.

La primera de ellas es saber si el SNP, como partido, es capaz de soportar el desgaste producido por los recortes en curso del Estado de bienestar. El Gobierno escocés está obligado a ahorrar 3.300 millones de libras <sup>2/</sup> a lo largo de los próximos cinco años. Además, habiendo prometido en las recientes elecciones no incrementar la contribución urbana durante cinco años, anular las tasas de matrícula para los estudiantes escoceses y otras medidas por el estilo, la congelación de los salarios de los funcionarios deberá prolongarse en el tiempo, junto con recortes considerables de otros presupuestos. El Gobierno del SNP recurrirá sin duda al recurso de echar las culpas de los recortes al Gobierno de coalición británico de conservadores y demócratas liberales y señalará que, gracias a sus ricas reservas naturales (especialmente de petróleo), Escocia como país independiente no necesitaría tales recortes. Sin embargo, si el Gobierno del SNP no se enfrenta con firmeza al gobierno de Londres en esta cuestión ni logra además algún éxito, su posición como defensor del “interés nacional” se deteriorará, sobre todo teniendo en cuenta que el Estado de bienestar y los valores de equidad e igualdad son elementos constitutivos fundamentales de la identidad nacional escocesa. Después de haber evolucionado tanto a la derecha desde sus días en el Grupo de los 79, resulta difícil creer que Salmond y MacAskill iban a plantear ahora una “verdadera resistencia escocesa”, con inclusión de “huelgas políticas y desobediencia civil a escala masiva”, como propugnaron entonces. Es muy improbable que los recortes puedan aplazarse o compensarse mediante un nuevo endeudamiento o el crecimiento económico. El SNP tampoco está actualmente a favor de incrementar los impuestos (directos) modificando el tipo básico del impuesto sobre la renta en Escocia (como puede hacer cualquier gobierno escocés desde 1999) o eliminando la contribución urbana y sustituyéndola

---

<sup>2/</sup> Una libra equivale actualmente a 1,2 euros.

por una alternativa progresiva que también generaría mayores ingresos con cargo a los sectores acomodados.

Si se plantea la independencia y se hace con éxito dependerá sin duda del tipo de independencia que se ofrezca, pero esto no dejará de acarrear sus propios problemas específicos. Durante la campaña electoral de 2011, el SNP no insistió mucho en la independencia, dado que todavía se resentía algo de las pullas del “arco de insolvencia”. Sin embargo, dejó claro que la independencia, desde su punto de vista, sería “mejor para el empleo y la economía”. A partir de las elecciones se ha visto que el SNP favorece ahora lo que ha venido en llamarse “independencia *light*”, que propugna una Escocia más o menos independiente, pero integrada en una confederación de Estados de las islas Británicas y compartiendo funciones como defensa, asuntos exteriores y seguridad social con Inglaterra, pero ejerciendo la plena soberanía fiscal y política.

En otras palabras, no se contempla la independencia total ni el separatismo, lo que demuestra que como siempre la visión de la independencia que tiene el SNP es flexible y variable. Por ejemplo, a finales de la década de 1980, el lema del SNP propugnaba claramente y sin reservas la plena “independencia en Europa”, mientras que a comienzos de la de 2000 se decantó por la autonomía fiscal previa a la independencia (vagamente definida). Este hábil juego de piernas puede servir para asegurar el equilibrio interno entre las alas fundamentalista y gradualista del partido, así como entre el electorado, los medios de comunicación y otros agentes importantes, como los empresarios. Pero mucho dependerá de si el mensaje se mantiene coherente y creíble y si lo que se pierde por defraudar a quienes reclaman un rápido avance hacia la plena independencia se compensa con lo que se gana por tranquilizar a quienes temen el separatismo.

Pero es probable que una cuestión más significativa sea que una vez iniciada la campaña real por la independencia, políticamente el SNP se vea obligado a desplazarse mucho más a la izquierda que esos meros lugares comunes sobre el empleo si desea ganar la campaña entre las “clases bajas” que constituyen la mayoría. Si el SNP pretende mantener su influencia política a favor de sus objetivos políticos, será crucial que convenza a estas “clases bajas” —que constituyen la mayoría de la población y del electorado— de que su nivel de vida mejorará con la independencia (comoquiera que se defina). Esto se debe a que hoy por hoy es evidente que la idea de que la independencia será mejor para el empleo y la economía está concebida dentro de las convenciones del neoliberalismo (y a falta de todo crecimiento económico), y esto no constituye una base suficiente para convencer a los ciudadanos de que la independencia será mejor para el empleo, etc. En efecto, si a) no resulta creíble que la independencia vaya a proteger el empleo y las condiciones laborales y a promover los servicios públicos, y b) la independencia se ciñe por tanto a un mero cambio constitucional y político, entonces todo un amplio sector de los trabajadores y las capas empobrecidas se abstendrán o votarán en contra (bajo la influencia de unos medios de



comunicación dominados por los unionistas). La baja participación ya es un problema en las elecciones legislativas escocesas, donde ha descendido de un máximo del 58% en 1999 al 50% en 2011, y en algunas zonas de Glasgow el 60% de los electores no fueron a votar en 2011.

Claro que plantear lo que podría ser una versión socialmente radical de la independencia, capaz de movilizar a los votantes escépticos, también podría espantar a algunos sectores del centro político y de la derecha, incluidos muchos elementos del mundo empresarial. Por ejemplo, la intervención en el mercado para controlar los precios (más allá de la fijación de precios mínimos para el alcohol) y la aplicación de una política salarial y fiscal solidaria provocarían este tipo de reacciones positivas por un lado y negativas por otro. Proponer que la reina siga siendo jefa del Estado y que Escocia permanezca en la OTAN, con arreglo a la visión actual que tiene el SNP de la independencia, no bastará para satisfacer estos intereses si se adopta el enfoque más radical.

En estos momentos, con la implosión del Partido Socialista Escocés (que obtuvo seis escaños al Parlamento escocés en las elecciones de 2003 por las listas regionales, con un total de 120.000 votos) tras la crisis en torno a Tommy Sheridan/**3**, no se ve cómo la izquierda independentista podría ser capaz de llevar las perspectivas de la independencia a su terreno. Esta izquierda radical carece hoy por hoy de influencia y credibilidad. Tiene una pequeña oportunidad de tratar de salir de su gueto autoimpuesto si organiza la lucha contra los recortes del gasto público. Si no lo hace, en la situación general que impera actualmente, el SNP puede acabar entre la espada y la pared, tratando de prometer todo a todas las clases sociales, pero no lo suficiente a ninguna de ellas. Entonces puede quedar atrapado en una especie de Quebec escocés, ganando continuamente las elecciones pero perdiendo los sucesivos referendos sobre la independencia. Por consiguiente, la fragmentación de Gran Bretaña, para bien o para mal, tendrá que esperar todavía algún tiempo.

**Gregor Gall** es profesor investigador de relaciones laborales en la Universidad de Hertfordshire (Inglaterra), pero vive en Edimburgo. Es autor de *The Political Economy of Scotland: Red Scotland? Radical Scotland?* (University of Wales Press, 2005), y *Tommy Sheridan: From Hero to Zero? A Political Biography* (Welsh Academic Press, 2011).

Publicado en *Capital and Class* <http://www.cseweb.org.uk/>

Traducción: *VIENTO SUR*

**3/** Tommy Sheridan, uno de los principales dirigentes del Partido Socialista Escocés, abandonó el partido a raíz de un escándalo judicial.